

padre Juan Agustín.

de Parras el padre Juan Agustín, primer apóstol de aquellas gentes. Por algunas de sus cartas que hemos puesto arriba, se ve el celo de la salvacion de las almas, que consumia á este insigne operario. Después de haber bautizado millares de infelices, y levantado al verdadero Dios muchas iglesias, y reducido á cristiana sociedad muchas naciones, consumido de enfermedades y provechosísimos trabajos, habiendo conseguido lo que tanto deseaba, que fué ver llegar á aquella region compañeros que ayudasen á recoger la mies, y supliesen, como creia su humildad, los grandes defectos que habia tenido en la administracion de aquellos pueblos, descansó en paz el dia 29 de abril de 1602.

Dedicacion de la Iglesia del colegio máximo, y sexta congregacion provincial.

El siguiente año de 1603, solo ofrece memorable la dedicacion del templo del colegio máximo, el mas suntuoso que habia entónces en México, aunque sobre un terreno el mas húmedo y cenegoso de toda la ciudad, dura aun hoy sin lesion alguna. Es un cañon bastantemente capaz, con un crucero bien proporcionado. La torre, aunque de una arquitectura muy sencilla, es hermosa y de una altura competente. Al lado del Evangelio se erigió al insigne fundador D. Alonso Villaseca, un túmulo de mármol, en que se ve su estatua, hincadas las rodillas, bajo un vistoso arco que sostienen cuatro columnas corintias, y coronan las tres virtudes, Fé, Esperanza y Caridad. Las cuatro virtudes cardinales ocupan los intercolumnios. El antiguo templo ó xacalteopan, se dedicó para el ministerio de indios en el seminario de S. Gregorio, quedando en él la preferencia á los caciques y naturales del pueblo de Tacuba, en memoria y agradecimiento de su cristiana piedad. Este bello edificio † honró poco despues con su cadáver el espí-

† Dedicado despues á nuestra Señora de Loreto: es una basílica suntuosísima, en que gastó inmensas sumas de dinero el conde Basoco; pero hoy está abandonada por un enorme desplome que ha padecido, aunque están sin lesion sus arcos y bóvedas. Creese que ya asentó de todo punto, por lo que esperamos que vuelva á abrirse para honra de la Virgen.—La Iglesia de S. Pedro y S. Pablo estuvo cerrada por muchos años: se le permitió abrir al cura del Sagrario, Dr. D. José Nicolas Larra-goiti para sepulcros de su parroquia. En 1821 se destinó para situar allí el primer congreso general de México independiente, que lo instaló el Sr. D. Agustín Iturbide, el domingo 24 de febrero de 1822. Despues se trasladó al salon que se erigió en el Palacio nacional, y amenazando ruina la Iglesia de Loreto, volvió á su primer destino la de S. Pedro y S. Pablo, donde hoy se celebran los divinos misterios con gran pompa. Es mucho de sentir que el gobierno no haya perpetuado la memoria de la instalacion del congreso con una inscripcion que marque la memoria de un suceso tan fausto, y lo recuerde á la posteridad, como se hace en las primeras ciudades de Europa.

ritual y devoto padre Antonio Arias, uno de los varones mas esclarecidos en letras y en virtud que ha tenido la provincia de Nueva-España. Su íntimo trato y familiaridad con Dios, en una total abstraccion de todas las cosas de la tierra, le hizo muy semejante en el espíritu, y por eso muy amado del venerable siervo de Dios Gregorio Lopez, á quien visitó algunas veces, y cuyo extraordinario género de vida se dice haber aprobado y defendido con una docta disertacion que escribió sobre este asunto. Leyó por algunos años las cátedras de moral y escritura, que antiguamente tenia un mismo sugeto, aunque en diversos dias. Noticioso de su grande literatura el reverendo padre general Claudio Acuaviva, le envió licencia para que, como los padres Hortigoza y Rubio, pudiera graduarse en la real Universidad, licencia que el humilde varon tuvo siempre oculta porque no le obligasen á usar de ella. Fué muy singular en la devocion para con la Virgen Santísima, de quien en la última visita que hizo al Santuario de los Remedios, se cree haber concebido su temprana y dichosa muerte á los 39 años de su edad, el dia 10 de junio de 1603.

A fin del año, aunque poco ántes de lo ordinario, se celebró en el mismo colegio la sexta congregacion provincial, en que fueron elegidos procuradores los padres Martin Pelaez, y Juan Laurencio, que era tambien secretario. El padre Dr. Antonio Rubio, electo procurador en la antecedente congregacion, y cuasi todo el tiempo que estuvo en la América lo habia ocupado en escribir el curso de filosofia peripatética, que tenemos suyo, alcanzó de nuestro padre general licencia para quedarse en la Europa á cuidar de la impresion de sus papeles.

El tuvo la satisfaccion de que la Universidad de Alcalá adoptase y mandase seguir en sus escuelas la filosofia que escribió. La Universidad de México tiene la gloria de contar entre sus doctores, al que la Universidad de Alcalá reconoció por tan insigne maestro; pero la provincia de Nueva-España quedó sumamente mortificada de que el padre no hubiese vuelto á la América, temiendo que pudiese ser este un ejemplo de muy fatales consecuencias para los jesuitas de Europa, á quienes el celo de las almas habia endulzado hasta entónces el pasage á las Indias. „La congregacion, en virtud de esto, suplica á nuestro padre „general no permita que los procuradores con motivos semejantes se „queden en Europa y dejen de cumplir con su oficio, no volviendo á „dar cuenta á la provincia de las cosas que les han encargado.”

Y ya que hemos referido este justo resentimiento de aquellos gravi-

Notables potulados.

Arrio y Rubio

simos vocales en la accion del padre Antonio Rubio, no debemos omitir la honra que hizo al sábio y religioso padre Dr. Pedro de Hortigoza. Todos, se dice en el cuarto postulado, con gran reconocimiento al mucho provecho que ha hecho el padre Pedro de Hortigoza, no solo á la provincia, sino á todo el reino, y viendo tambien la grande estima y satisfaccion que dará cualquier cosa suya que se imprimiere, como que es deseo comun de esta provincia y de todas las de España, le pidieron encarecidamente que atendiese á poner en orden cualquier cosa suya para poderla imprimir; y á V. P. suplica y encarga la congregacion ordene á dicho padre, que se anime á escribir é imprimir &c. Súplicas tan sinceras y tan autorizadas, no bastaron á rendir la constante humildad del padre Hortigoza, que nos hace carecer con dolor de los monumentos, no ménos de su insigne piedad, que de su profunda literatura.

Castigo de los zuaques.

En Sinaloa las espediciones militares del capitan Hurdaide, siempre conducidas á la prudencia y seguidas á la felicidad, abrian cada dia mas la puerta al Evangelio. Los zuaques, nacion feroz y soberbia, que habia dado asilo á cuantos perseguian á los españoles, ó apostataban de la fé, castigados una y otra vez, comenzaron á dar esperanzas mas seguras de su conversion, que cuando burlaron el celo santo del padre Tapia. En la segunda entrada que hizo el capitan á sus tierras en medio del pueblo principal de Mochicanis, y á vista de mas de quinientos indios armados, que conducia el cacique Taxicora, tuvo el valor de prenderlo y aprisionarlo, sirviéndole su vida de gage y prenda, para contener la furia de aquellos bárbaros, que por sus mentiras lo veneraban como á Dios. Marchó de ahí á los tehuecos, que formados en su orden bárbaro de batalla, lo esperaban en los llanos de Matahoa. A su arribo los indios que en campaña rasa no podian sostener el fuego de la fusilería, se retiraron al monte. Una fuga tan precipitada no podian seguirla las mugeres y los niños. El capitan hizo prisioneros mas de doscientos, y envió á decir á los tehuecos, que él no intentaba hacerles daño: que su designio era preguntarles el motivo de haber tan injustamente invadido las tierras de los ahomes: que esta nacion aliada de los cristianos, estaba bajo la proteccion de los españoles: que sus mugeres y sus hijos estaban en su poder: que la santa ley que profesaba no le permitia manchar sus manos con el derramamiento de una sangre inocente; pero que procederia, segun todo el rigor de la guerra si no vaciaban prontamente las tierras de los ahomes y se

rendian á la discrecion del vencedor, de que jamás les pesaria. Esta embajada tuvo el efecto que se podia desear. Los tehuecos agradecieron la benignidad del capitan; desocuparon las tierras usurpadas, y aun pidieron padres que los hiciesen cristianos, aunque no se pudo hacer sino despues de algunos meses. A la vuelta determinó pasar por el mismo pueblo de los zuaques. Aquí recibió una embajada de aquella fiera nacion, en que se disculpaban de la guerra que les habian hecho emprender los sinaloas y su cacique Taxicora. El respondió que no queria derramar la sangre de los zuaques, ni poner fuego á sus casas que estaban llenas de la cosecha de aquel año; pero que no partiria de allí sin que se le rindieran y quedara castigada su insolencia. A persuaciones de la india, que servia de intérprete y que conocia bien las intenciones del piadoso Hurdaide, se rindieron los zuaques. A los mas culpados castigó con algunos azotes, y á los demas mandó cortar hasta los hombros las cabelleras. Esta humillacion les hizo conocer su flaqueza, la benignidad de los cristianos, y sirvió para que ellos y sus vecinos los sinaloas, pretendiesen ponerse bajo su proteccion, pidiendo predicadores que les llevasen la luz del Evangelio. Esto no podia ejecutarse sin facultad particular del virey de México, que tenia dada orden al capitan de Sinaloa de no emprender conquista espiritual ó temporal de nuevas naciones, sin dar ántes parte á su excelencia. Con motivo de cumplimentar y presentarse al Exmo. Sr. D. Juan de Mendoza, marqués de Montesclaros, que acababa de suceder al conde de Monterey, partió á México el capitan de Sinaloa acompañado de algunos caciques de las tres naciones, que por su parte pidiesen tambien aquella gracia á su excelencia.

El nuevo virey de México, era el mas apropósito del mundo para promover toda obra de piedad. Luego que llegó á esta capital, habiendo sido recibido en nuestros estudios con oraciones y diversos géneros de poesías, y viendo en los mas distinguidos jóvenes tanto aprovechamiento en las letras, con tanta modestia y buen término, como les inspiraban los ejercicios de la congregacion, de que todos eran miembros, quiso ser admitido en ella; pero advertido que no se habia instituido sino para solos los estudiantes, pretendió lugar en la ilustre congregacion del Salvador en nuestra Casa Profesa. En una lucida funcion que se dispuso se dieron á su excelencia las gracias de aquel grande ejemplo, y de la honra que hacia á aquella casa. Recibió las reglas de la congregacion, prometiéndole guardarlas, y lo cumplió tan puntual-

Raro ejemplo de Montesclaros en la congregacion del Salvador.

mente, que en los dias asignados de comunión, confesaba en nuestra sacristía y salía á comulgar á la Iglesia á la frente de los demas congregantes, con muchos otros señores, que arrastraba una accion tan brillante de sumision cristiana. Quiso que el padre Dr. Pedro Sanchez hiciese en su palacio pláticas á la vireina y demas familia. Asistiendo á la primera visita de cárceles, á que por peticion de los reales ministros, se hallaba siempre el apostólico padre Hernando de la Concha, quedaba un indio condenado á cien azotes. El padre venerable por sus canas, y mucho mas por la alta reputacion que se tenia de su virtud, intercedió por aquel miserable, prometiendo hacer por él aquella penitencia. El virey, admirado de tanta caridad, dió por libre al preso, y sin poderse contener abrazó al padre con lágrimas, y aun habria delante de todo el pueblo arrojádose á sus pies, si no lo impidiera su modestia.

Pretende la Compañía establecimiento á la religion de S. Juan de Dios.

La grande veneracion y afecto que el Exmo. conde de Montesclaros y las personas mas distinguidas mostraban tener á la Compañía, fué muy estimable en esta ocasion para hacer á la ciudad de México y á todo el reino un importantísimo servicio, y en que sin jactancia alguna ó temeridad, podemos gloriarnos que nunca igualará su agradecimiento al beneficio. Hallábanse en México desde el dia 18 de octubre del año de 1603, el reverendo padre Fr. Juan de Zequeira, del órden de S. Juan de Dios, con otros cuatro religiosos de diez y seis que con facultad de Felipe III y del nuncio cardenal habian salido de Europa. Pasaron mas de un año con grande edificacion y no menor pobreza. No apareciendo despues de tanto tiempo alguna esperanza de establecimiento, y disminuyéndose cada dia mas las limosnas, determinaban ya volverse á España. El padre Dr. Pedro Sanchez y algunos otros de los mas autorizados, hablaron al excelentísimo, á los oidores y cabildo secular, para que se les diese sitio, y juntaron entre ellos algunas limosnas. Muy en breve se conoció todo el provecho. Aquellos religiosos, así de las cárceles en que solian acompañar al padre Concha, como en otras partes buscaban á ejemplo de su excelentísimo fundador, los pobres enfermos y los conducian á su hospital, á que dieron el nombre de nuestra Señora de los Desamparados, por haber puesto en él al mismo tiempo cuna para niños expósitos, de que tomaron jurídica posesion el dia 24 de febrero de 1604. Obra de insigne piedad; pero que no hallando fomento de suficientes limosnas, hubieron de dejar con el tiempo, no sin grande dolor suyo y de todos los buenos que admiran

falte una dotacion tan provechosa en una ciudad, donde con tanta liberalidad y magnificencia se contribuye á semejantes fábricas †. De nuestra Casa Profesa se acudia á confesar á los religiosos y hacerles pláticas espirituales. En recompensa de estos buenos oficios, cuando habia algun enfermo de cuidado en nuestra Casa Profesa, venian dos á asistirle, hasta que en estos últimos años, atribuyéndose á descuido nuestro, lo que era pura caridad y gracia de estos edificativos religiosos, ha parecido necesario escusarles esta incomodidad, quedando siempre muy vivo en los sugetos de la Compañía el agradecimiento que procuró mostrar últimamente N. M. R. P. general Ignacio Visconti, concediendo carta patente de comunicacion particular y hermanable de todas las buenas obras, que su Magestad fuere servido obrar por medio de su mínima Compañía, su fecha en Roma á 10 de febrero de 1752.

Fuera de lo mucho que trabajaban en los hospitales y cárceles los operarios de la Casa Profesa, y los muchos socorros espirituales y temporales que les procuraban las congregaciones de nuestros colegios, se dió principio este año á las pláticas morales de todos los domingos, en que se ejercitaban con mucha utilidad los padres estúdiantes de cuarto año. Habia uno entre estos, cuyo nombre ignoramos, de singular fervor, y que se habia conciliado de los presos una grande veneracion. Llegó á la cárcel el mártir santo, y halló un recién venido, que sin respeto alguno al padre, que lo infundia á todos los demás, proferia horribles execraciones. Corrigióle blandamente diciendo que si quiera aquellos santos dias procurase contenerse; pero el infeliz, burlándose del padre, respondió que lo haria peor, y cumplió su palabra con gravísimo escándalo de los demás presos, que en vano le exhortaban á que respetase al ministro del Altísimo. El celoso ministro, no bastando para corregir aquel protervo medios tan suaves, interrumpió su discurso, se quitó con grande reverencia el bonete, y alzando los ojos al cielo, dijo con un afecto vehemente y que causó en el auditorio un grande y saludable horror: Dios mío, pues no hay justicia en la tierra que ponga una mordaza en la boca de los juradores, ponedla vos. Así habló el santo hombre, y aquel miserable, arrebatado poco despues de unas manos invi-

Ministerios en cárceles y hospitales.

† Existe en el dia en el mayor arreglo por la bondad de las primeras señoras mexicanas que se han consagrado á una obra tan agradable á los ojos de Dios, y que siempre recordará la memoria de su reponedor el eminentísimo cardenal de Lorenzana, arzobispo de México. Los juaninos tomaron posesion jurídica del terreno del hospital en 24 de febrero de 1604.

sibles, se dió muchos golpes por el aire con las paredes del calabozo, hasta que arrojando sangre por boca, ojos y nariz, quedó como muerto hasta el día siguiente, en que mandó llamar al padre, y se confesó por escrito, porque la lengua le habia quedado cocida al paladar. Estuvo mudo desde aquella noche hasta el lunes siguiente, en que volviendo el mismo padre le dió un rosario y una imágen de nuestro santo padre Ignacio, diciéndole que con el corazon se encomendase muy de veras á la Madre de misericordia por la intercesion de su siervo Ignacio, y yo confio, añadió, que no pasará el día de mañana sin que la Virgen Santísima os restituya el uso de la lengua. En efecto, el día siguiente prorumpió repentinamente diciendo, Ave María, señores. A los quince dias, refiriendo el suceso á otro recientemente preso, en comprobacion de la virtud y santidad del padre, se burló de él; pero dentro de un cuarto de hora experimentó el mismo castigo, arrebatado con tanta furia, que arrastraba cuatro hombres robustos que quisieron contenerlo. Invocaron todos con grande afecto el nombre de Jesus, y oyéndose una voz espantosa que dijo, si no lo quiere creer se lo harán creer, quedó por largo rato fuera de sentido en los brazos de sus compañeros. De estos temerosos sucesos se hizo informacion jurídica por orden del virey y alcaldes de corte, de que se conserva un tanto en el archivo de la provincia.

Caso raro de S. Gregorio.

De muchos otros casos edificantes que pudiéramos referir, solo añadiremos uno tanto mas admirable quanto tiene ménos de milagroso, y que dará idea del grande fruto que se cojia en el Seminario de S. Gregorio. Observan muchos piadosos naturales un rigidísimo ayuno para prepararse á la santa comunion desde el día ántes. Así lo habian practicado tres indias doncellas sin tomar alimento alguno desde el miércoles á medio dia para comulgar el jueves santo. Vinieron en efecto por divina disposicion á tiempo que ya estaba reservado el Sacramento. No pudieron oír esta noticia sin derramar tiernísimas lágrimas, y pareciéndoles que por su poca disposicion les negaba el Señor aquel consuelo, perseveraron en el mismo ayuno natural con que habian venido, hasta el domingo de Páscoa que recibieron el pan de los ángeles. Persuadióles el padre después de un largo rato que fuesen á desayunarse á sus casas; pero llevadas de un extraordinario afecto de devocion permanecieron en la Iglesia en accion de gracias hasta el medio dia.

Calamidades del colegio de Oaxaca, y mi

Los sucesos de este año fueron muy varios en el colegio de Oaxaca. Un violento temblor arruinó la mayor parte del colegio. † En el inge-

† En la noche del 4 de octubre de 1801 un horrible terremoto derribó en Oaxa-

nio de azúcar, que era cuasi el único fondo del colegio, repetidos hielos quemaron la caña. Una inundacion ó repentina avenida maltrató mucho la casa del mismo ingenio con grave peligro de arruinarla. La pérdida se valuó en doce mil pesos. Por otra parte, la muerte en ménos de un mes, arrebató dos insignes sugetos, al padre Alonso de Santiago, fervoroso operario de indios, y al padre Pedro Rodriguez, celoso ministro y prefecto de la Anunciata. Uno y otro dejaron gran duelo de sí en la ciudad, y de ellos haremos debida memoria en otra parte. En medio de tan continuados y sensibles golpes, fué extraordinario el socorro de limosnas á que el Señor movió los ánimos, y que bastaron para reparar el estrago del temblor y redimir cinco mil pesos de censo en que estaba gravado el colegio. Nuestro bienaventurado padre S. Ignacio favoreció visiblemente á sus hijos obrando por medio de una imágen suya algunos prodigios. Un niño deshauciado y sin esperanza alguna de vida recobró á su contacto pronta y cumplida salud, y vino luego á dar á nuestro templo las gracias. Una muger frecuentemente asaltada de gota coral quedó para siempre libre; y otra, después de tres dias de cruelísimos dolores, ya debilitada y moribunda, arrojó la criatura muerta, y aun corrompida, quedando sin lesion alguna.

lagros de San Ignacio.

Las misiones de gentiles, que era la principal ocupacion de la provincia, iban en un continuo aumento. Entre los tepehuanes, habiéndoles enseñado los misioneros á cultivar el trigo y otras semillas que no conocian, se habian reducido á sociedad política y civil muchas rancherías que estaban esparcidas por quebradas inaccesibles de los montes. Creció considerablemente el pueblo de Santiago y el de Santa Catarina, fundacion del padre Gerónimo Ramirez, sobre el mismo rio de Papátzquiario. Añadiéronse las nuevas poblaciones de S. Ignacio y de los Santos Reyes, á que fué necesario enviar nuevos misioneros. Con este socorro se acudió á algunos lugares mas distantes, que ansiosamente lo pretendian. De todas las familias que se catequizaban, pareció formar una nueva colonia. Con acuerdo de los mismos indios eligió el padre el sitio del Zape, valle hermoso á la falda de una alta roca, y extendido á las riveras de un rio, que corriendo de Sudeste á Noroeste, pierde su nombre y su caudal en el de las Nasas. En la cima de una roca nace una fuente, y al derredor hallaron los padres muchos ídolos

Estado de los tepehuanes.

ca la hermosa cúpula de la Iglesia de la Compañía, cuyo colegio, por la espulsion de los padres jesuitas, se convirtió en convento de monjas de la Concepcion. Hoy está reparada dicha Iglesia y convento.

y fragmentos de columnas al modo de las que usaban los mexicanos. En el valle observaron tambien algunas ruinas de edificios, que les hicieron creer habian hecho asiento allí los mexicanos, en aquella famosa jornada desde las regiones septentrionales que están constantes en sus historias. Con ocasión de unas pestilentes viruelas ofreció Dios á los operarios de ese partido abundante cosecha de sufrimientos, en la supersticion y grosería de los naturales. No les fué de poco trabajo desengañarlos del sacrificio ó sacrilegio con que pretendian mitigar á sus dioses ofendidos, quitando la vida á algunos inocentes. Se habia encargado la caridad de los padres de aderezar en su propia casa el alimento de los enfermos, que salian despues á repartirles, y administrarlles tal vez por sus propias manos: un ejemplo de tanto amor y humillacion, irritó al común enemigo, que les sugirió ser aquellas viandas un violento tósigo que les abreviaba los dias de la vida. Con esta persuacion recibian á griamente al misionero cuando llegaba á sus chozas, y le volvian intactos los manjares, hasta que desengañados con la salud de otros, se convirtió el desprecio en agradecimiento, que fué el principio de su conversion.

Sucesos de Párras.

Aun eran más considerables los progresos en la mision de Párras. A más de cuatro mil que habia ya bautizados, se agregaron por este mismo tiempo mil y quinientos. Tambien se agregaron á las tres antiguas poblaciones de Santa María, la Laguna y río de las Nasas, tres caciques con más de cuatrocientos de sus gentes. Uno de ellos, encantado de la benignidad y dulzura de los padres, y llevado del celo de reducir á otras naciones mas septentrionales, dió la vuelta á su patria y envió por todas partes mensajeros á las naciones circunvecinas, convidándolas á entrar á la parte del tesoro que habia tan felizmente descubierto. Estos enviados tuvieron la misma fortuna que los del Evangelio. Los ochoes, gente feroz é inhumana, dieron muerte á uno de ellos; otro tuvo mucha pena en escapar de sus manos. No fueron tan bárbaros los alamamas. Estos enviaron exploradores que se certificaran por sus ojos de la verdad, y quedando pagados de la comodidad del sitio y paternal gobierno de aquel pueblo, prometieron traer toda su gente, que estaba dividida en siete parcialidades, nacion mansa y dócil, de gentil talle y bello semblante. Traen raído el rostro, y recogen el cabello con un peine ácia el cerebro; de lo demás forman una trensa que revuelven con gracia á lo superior de la cabeza. De la disposicion de estos lugares, aunque hemos dicho ya alguna cosa, vaciaremos aquí una curiosa

carta del padre Francisco Arista, que dice así: „Es la laguna muy abundante y copiosa de patos de varias especies, y de muy buen pescado. Cójelos con redes ó á golpes de flecha. A los patos cazan y derriban con hondas al vuelo consingular destreza. Tiene la tierra mucha caza montés de venados, conejos y liebres, tantas, que á veces de una salida cojen hasta doscientas sin mas arma que el arco y la flecha en que se ejercitan desde niños.

En esta laguna, junto al pueblo de S. Pedro, entra el río de las Nasas, que es el que la mantiene en ser, aunque en cierto tiempo del año se seca el río por consumirse el agua en los arenales, corriendo debajo de tierra, que es providencia del Señor, porque quedando con ménos agua la laguna se parte en esteros, donde se recoje y goza mejor el pescado y se cria con grande abundancia para comunicarse por todo el río en la primera avenida. Queda tambien por las playas secas copia de raices y frutillas que les sirven de alimento gran parte del año. De las raices hacen unas como roscas de pan, muy blancas y de bello sabor. De esta misma retirada de la laguna quedan tambien los prados y arenales con buenos húmedos para sus cementseras de maiz, y sin mas arado ni mas riego ó cultivo nace con tanta abundancia, que se han medido algunas mazorecas de más de media vara. Hay en la laguna, fuera del pueblo de S. Pedro, otros dos que son Santiago y S. Nicolás con buen número de vecinos. La poblacion de nuestra Señora de las Párras tiene otros dos pueblos de visita que son S. Gerónimo y Santo Tomás. En el río de las Nasas tienen sus pueblos los nuestros á sus riberas. El principal se llama S. Ignacio, aunque hay otros de mas gente, toda ella de buen natural, poco idólatra y supersticiosa. Cuando paren las mugeres ellos son los que hacen cama, y guardan encierro ayunando cinco ó seis dias de carne y peces, que quedarian contaminados y no se dejarian coger si en aquel tiempo los comiesen. Al cabo de estos dias viene un viejo, que es como su sacerdote, y los saca de la mano, con lo cual quedan libres de ayuno y clausura. Guardan las cabezas de venado que han muerto sus padres ó parientes difuntos hasta que les hacen el cabo de año en esta forma. Salen todos al anochecer de la casa del difunto con canto triste y lloroso, y tras de ellos una vieja con la cabeza del principal venado en las manos hasta ponerla en una hoguera, encima de unas flechas. Al derredor pasan la noche, llorando ella y cantando y bailando los demás hasta el amanecer que arrojan la cabeza en la hoguera, y hecha cenizas queda sepul-

tada la memoria del difunto. Los que se allegan al rebaño de la Iglesia, son muy afectos á las ceremonias y rito eclesiástico, cuya santidad quiso Dios darles á conocer en un caso horroroso. En un pueblo se oyeron de noche unas voces lastimosas que pedian socorro, de un indio que era violentamente arrastrado al monte de una mano invisible. Siguiéronlo, y con ellos dos padres, hasta una quebrada llena de concavidades y rocas tajadas, que aun de día ponía horror verlas. Encontraron al indio sin señal alguna de vida, hasta que despues de largo rato volvió en sí y pidió el bautismo, que se le concedió como á otros ciento. Con esta ocasion hallaron allí muchos sepulcros llenos de cabezas y huesos humanos, que los indios cubrian con muchas piedras porque no se les apareciesen sus muertos. Estaban las peñas del mismo monte señaladas con letras ó caracteres formados de sangre, en partes tan altas, que no podia otro que el demonio haberlas formado tan firmes y bien asentadas, que en muchos años ni las aguas, ni los vientos las han borrado ó disminuido. Se hizo solemne procesion á la dicha cueva, y hechos allí los exorcismos y bendiciones de la Iglesia, se dijo misa y colocó una cruz en el mismo lugar, que se llamó de allí adelante la Peña de Santiago, por haber sido esto en su día, y despues acá han cesado los espantos y representaciones con que allí los engañaba el demonio. Los nuevamente bautizados se muestran muy celosos de atraer á los suyos á nuestra santa fé. Un cacique de pocos años, llamado Ilepo, que jamás habia visto españoles ni salido de sus serranías, se bautizó con cincuenta de sus vasallos. Estos, en quienes acaso habia podido mas la adulacion que la verdad, se lanzaron á pocos dias é hicieron fuga. Corrió luego tras ellos el fervoroso neófito, y consiguió, no solo reducir aquellos cincuenta, sino añadir de nuevo muchos otros de las naciones cercanas á su pais.

Alzamiento
de los serranos
acaxeos.

Entre los acaxeos, unos ténues principios de sublevacion prurieron en una guerra sangrienta, que toda la autoridad del gobernador de Nueva Vizcaya, D. Francisco Ordiñola, y del Illmo. Sr. D. Ildefonso de la Mota, obispo entonces de Guadalajara, que se hallaba en Topia visitando su diócesis, no pudieron apagar. Cincuenta indios, ó huyendo del maltrato de los españoles, ó mal hallados con la sujecion y regularidad de los pueblos, se partieron por diversos lugares y amotinaron á mas de cinco mil. Cuando se hallaron sostenidos de toda la nacion de los acaxeos, juraron solemnemente no dejar las armas de las manos hasta no haber derramado la última gota de la sangre española.

Trataron luego si habian de dar la muerte á los misioneros, y se dividian en varios pareceres. Dijeron los mas, que los padres no eran como el resto de los españoles, que no les habian hecho mal alguno, y ántes recibian de sus manos continuos beneficios. Nosotros convenimos en todo eso, respondian los de la opinion contraria, y confesamos que no son acreedores sino á nuestro amor y veneracion; pero por eso mismo se hace indispensable darles muerte. Ellos, con sus ruegos y sus beneficios nos han de obligar á hacer las paces. Nosotros no hemos de poder resistir, ni hemos de disgustarlos, si nos lo ruegan. Mas vale, si queremos esterminar de una vez á los españoles, quitar desde luego de en medio unos hombres á quienes nos hallamos tan obligados, y que son los únicos que pueden impedirnos la ejecucion de nuestros designios y el cumplimiento de nuestros juramentos. Tan antiguo es y tan universal en el mundo prevalecer una especiosa razon de estado contra la razon natural, la equidad y la obligacion. El primer golpe lo sintieron cinco españoles, que se hallaban en sus tierras, á quienes dieron luego muerte. De ahí, aprovechándose de los caminos estraviados y de la desprevenion y nimia confianza en que vivian los españoles en los reales de minas de las Vírgenes de Topía y de S. Andres, en todos prendieron fuego á las casas, á las iglesias y á los ingenios y oficinas en que se beneficiaban los metales. Repartiéronse luego como un torrente precipitado por todos los lugares vecinos. Las rancherías, los pueblos, mas de cuarenta iglesias cedieron á su furia. En el real de S. Andrés, poco mas de cuarenta soldados y algunos indios amigos, con el padre Alonso Ruiz, se habian acogido á la Iglesia bastantemente fuerte, con todo cuanto pudieron tumultuariamente juntar de provisiones de guerra y de boca. Al punto la sitiaron como ochocientos indios, con una constancia y regularidad muy superior á su barbárie. Los españoles hallaron sin embargo modo de dar aviso á Guadiana y á Culiacan, y entre tanto, hacian algunas salidas con mas valor que felicidad. Los enemigos que no podian sostener el fuego de los fusiles, se alejaban un tanto ó se cubrian de los árboles, y cubrian luego el cielo con nubes de flechas. Iba ya faltando la pólvora. A los bárbaros no les estaba la victoria en mas, que en hacer buena guardia al rededor del templo. La hambre se iba haciendo sentir entre los sitiados, y les hizo tomar la resolucion de hacer el último esfuerzo. Hicieron, por consejo de los indios amigos, una salida muy de madrugada pensando coger á los enemigos oprimidos del

sueño. En efecto, lograron dar muerte á muchos y apartaron á los demas léjos del real, miéntras se procuraban algunos víveres en las sementeras vecinas, que para su propia subsistencia habían conservado los sitiadores. El padre Alonso Ruiz quiso salir en esta ocasion sin mas escudo para ponerse á cubierto de las flechas, que un crucifijo en las manos para animar á los españoles. O fuese algun resto de veneracion que había quedado en los rebéldes para con la Santa imágen, ó reverencia y amor para con su antiguo ministro, ó alguna otra particular providencia, fué mucho de admirar que no acertase al padre alguna flecha de las muchísimas que volaban á su persona. Los enemigos recobrados del primer susto, y viendo desvandados á los nuestros, volvieron á la carga con una furia, á que se tuvo mucha pena en resistir. Finalmente, con muerte de algunos indios que mas se habían alejado de la Iglesia, volvieron á entrar en ella los españoles. El padre Alonso Ruiz, con la misma paz y tranquilidad que si no estuviera en tan evidente riesgo de la vida, dijo misa y comulgó á los circunstantes, haciéndoles despues una fervorosa exhortacion, previniéndoles para morir á manos de los enemigos de Dios, si fuese así su voluntad. Quince dias habia ya durado el cerco, cuando se tuvo noticia que el gobernador de Nueva-Vizcaya á la frente de sesenta hombres marchaba á grandes jornadas para Topía. Esta novedad desconcertó á los bárbaros, y alzando el sitio se retiraron á lo mas escarpado de las rocas. Aun desde allí no dejaban de incomodar bastantemente, impidiendo el comercio con Culiacán y con los otros pueblos que no habían tenido parte en la rebelion. El gobernador, así por la situacion inaccesible de los enemigos, como por repetidas órdenes reales, y por su propia inclinacion, precisado á tentar ántes todos los medios de paz, deputó á los rebéldes al padre Hernando de Santarén, á quien amaban tiernamente como á su primer pastor y padre en Jesucristo. Partió acompañado de unos pocos soldados, mas sin efecto: volvió segunda vez y halló á los indios repartiendo entre sí una récua de Culiacan que habían robado, con muerte de un español, un negro y algunos indios amigos. Una ocasion en que estaba tan dominante y tan viva la cólera, no era muy á propósito para tratar de paz. Sin embargo, el padre les habló exhortándolos á dejar las armas. Respondieron que se apartasen los soldados y se acercase el padre solo á hablarles. Aunque con evidente peligro de la vida y resistencia de los españoles que le hacian escolta, condescendió el celoso ministro; pe-

ro por todo fruto de su negociacion, no sacó otra respuesta, sino que ya no eran sus hijos, dejándolo en una profundísima quebrada, y solo á vista de unos bárbaros que acababan de derramar tanta sangre, y se preparaban á comer las carnes de los muertos. Salió de allí protegido de la Providencia; pero dentro de pocos dias repitió la diligencia, y siempre sin mas efecto que el mérito de sacrificar la vida por sus ovejas descarriadas. Entre tanto, el gobernador D. Francisco Ordiñola determinó hacer por la campaña algunas escursiones. Los indios, aunque bárbaros, no dejaron de usar algunas estratagemas militares, y hacer caer á los españoles en peligrosas emboscadas. De noche encendian fuegos en algunas partes, donde no se podia llegar sino por desfileros peligrosos, y cuando iban á buscarlos en aquel sitio, acometian repentinamente de los bosques ó de las alturas vecinas, donde los nuestros no pudieran valerse de la ventaja de los caballos, ó de la superioridad de sus armas. Como para caminar no llevaban mas víveres que maiz tostado, y de este derramaban alguno al sacarlo en el campo, sucedia que por lo comun marchaba tras de ellos una tropa de cuervos, que los españoles habían tomado por seña para conocer su derrota. Ellos advertidos, supieron bien presto contrahacer esta seña, y convertirla en daño de los españoles. Pasaba de un real á otro el Illmo. Sr. D. Idefonso de Mota, que habia tomado muy á su cargo la pacificacion de aquellos pueblos, acompañado de cuarenta soldados, de los cuales siempre marchaban algunos avanzados á reconocer los caminos. Los rebéldes dejaron derramado mucho maiz ácia una parte en que querian empeñar en su busca la escolta del Illmo., y cargándolos improvisamente por la retaguardia, los pusieron en desórden con muerte de algunos. Los demas corrieron á toda prisa á llevar la nueva al Sr. obispo, que con mucha pena pudo salvarse con el resto de la gente en un pueblo vecino. Viendo que en un género de guerra semejante nada aprovechaba el valor y disciplina militar, determinó el padre Santarén por órden del obispo y gobernador, hablar por cuarta vez á los conjurados. El padre para explorar sus ánimos, envió á un indio fiel y animoso, que les llevase una bandera blanca con una cruz en lo alto, y que les citase para hablar con el mismo padre, que lo seguiria bien presto. La respuesta fué señalar un dia y lugar fijo para la entrevista. No había contribuido poco para ablandar los ánimos de los indios, una accion muy generosa de D. Francisco Ordiñola. Corriendo pocos dias ántes la tierra, había encontrado una tropa de indias, madres, mugeres ó hijas